



## UN CACHITO DE MI TIERRA.



(DEL NATURAL)

En la verde loma la blanca flor de los manzanos alegra el paisaje.

Asoman aquí y allá en el conjunto del terreno inmensas caserías cuyas ventanas parecen ojos que vigilan la propiedad.

El cielo de un azul pronunciado en la línea del horizonte hácia el mar, cúbrese en el centro, de revueltas nubes semejantes á grandes masas de algodón que impelidas por el viento cruzan lentamente la grandiosa bóveda. Entre celajes el sol poniente dirige sus rayos á la tierra que los recibe oblicuos y velados dando un color de oro viejo á los cirrus que voltejean en el espacio.

Por encima de la loma se destaca la perfilada línea de una extensa montaña algo lejana y en cuya cúspide se ve de trecho entretrecho una casita, un bosquecillo, y las moles graníticas de la constitucion geológica de su suelo.

A la derecha del observador apercíbese una colina toda cubierta de terrenos labrantíos y abundantes pastos.

El color negruzco de la tierra demuestra haber sido removida para la próxima siembra, y el tono agarbanzado, que se ha recogido la cosecha.

La alfalfa, la alholva y otra diversidad de herbáceas útiles alganado verdean aquel campo que en su variedad presenta aún las secas

cañas decapitadas que han sostenido las mazorcas de maíz, los batallones de enhiestas plantas de haba, la profusion de flores silvestres que sin orden ni concierto crecen por doquier, los desparramados manzanos que simulan un ataque en guerrilla á la cúspide de la colina y por término y como surgiendo del centro del mogote la pequeña torre de una ermita rodeada de los tejados de algunas viviendas.

En el fondo del barranco por donde corre la regata, colosales álamos, acompañados de arbustos de todas especies cuyas ramas comienzan á cubrirse de tupida hoja anunciando la proximidad del estío, forman un túnel de verdura en la larga línea del arroyuelo.

A la izquierda se encuentra el vértice de las dos lomas que con la colina completan el primer término del cuadro y en cuya interseccion vemos una casería reedificada que ocupa la mitad de su perímetro anterior señalado por las paredes en ruina cubiertas de yedra, como esas prendas que hereda un flaco de un corpulento, y que probablemente su dueño, al restaurarla, habrá querido circunscribirse al gasto necesario y preciso según las teorías económicas modernas de la mayor utilidad al capital; bien opuestas, por cierto, á la liberalidad con que nuestros abuelos construían las cacerías comunmente destinadas á casas solariegas.

El gorjeo de los alegres pajarillos, los continuados ladridos de los perros, algun *aida* ó algun *ohh...* que denuncian que por aquellas intermediaciones la gente se dedica á las faenas agrícolas, y otro ruido muy comun pero muy especial que en esta tierra se oye con frecuencia en los sitios donde convergen arroyuelos y regatas, ese chasquido ó *chisssss...* prolongado, efecto de los golpes que sufre la ropa al ser sacudida chorreando sobre la ancha losa por las manos de nuestras rústicas lavanderas que con agua hasta la rodilla en todas las estaciones del año lavan sin descanso, son los indicios de vida y movimiento que en el paisaje se notan.

En un cuadro de terreno despejado cuatro robustos caseros trabajan en correcta fila removiendo con layas la tierra.

Visten boina azul, faja del mismo color, pantalon deteriorado por el uso, y están en mangas de camisa.

Con movimiento uniforme levantan las herramientas cuyos dientes de acero brillan fulgurantes al sol, las hincan en tierra, colocan el pié encima para ahondar el surco y vuelven á comenzar la tarea con toda precision, cual el soldado que maneja en varios tiempos su arma.

Una mujer descalza, con refajo de color de sangre de toro, sencillo corpiño, y pañuelo multicolor en la cabeza va con una azada deshaciendo á golpes los voluminosos terrones que las layas dejan. La jarra de *pitarra* adosada á un manzano, fuente de donde manó su contenido, aguarda el instante de verse libre del líquido que la llena y que pasa á grandes tragos al estómago de los trabajadores, y nunca falta el perrillo ó perrazo que indolente dormita, mientras sus amos trabajan, porque él vela cuando estos descansan de las fatigas del día. Tampoco faltan los consabidos chicuelos de todas edades que medio desnudos se refocilan en la yerba jugueteando con cualquier cosa, ni el muchachuelo que de regreso de la escuela y con el bolso de libros en bandolera desemboca alegremente por una de las sendas de la propiedad, silbando la canción más popular de la comarca.

En una hectárea de terreno próximo que ha sufrido ya las operaciones preliminares de la labranza, la rastra de agudos dientes, tirada por una yunta de bueyes, abre varios surcos en la tierra para que la simiente que en ellos se arroje encuentre cuna donde desarrollarse. Encima de la rastra va colocada una gran piedra que con su peso hace que penetren más profundamente los dientes.

El casero agarra con una mano este artefacto agrícola, y con el aguijon en la otra azuza al ganado cuando observa que la pereza ó el cansancio enervan á este sus miembros.

¿Verdad que esto que vieron nuestros antepasados desde tiempos muy remotos, nos parece, sin embargo, al mirarlo nosotros ahora, cosa nueva, precisamente porque estos procedimientos tan primitivos de labranza van desapareciendo por completo de las naciones más ricas y adelantadas?

Comparémoslos con los empleados en el Nuevo mundo, en el que máquinas de todas clases se destinan á sembrar, recoger y transportar la inmensa producción agrícola que se da en aquellos dilatadísimos campos.

Este moderno sistema convendrá mejor á las grandes necesidades materiales de nuestro siglo, pero ¡cuánto no ha perdido con ello la poesía, que es al fin el alimento del alma!

En la Euskal-erria podrá ser el terreno ingrato para la labranza, mas para la poesía y el sentimiento su producción no tiene rival.

ALFREDO DE LAFFITTE.

